LAS FOLKLORICAS

DANIEL PINEDA NOVO



LOLA FLORES

Nacida el 21 de enero de 1923 en Jerez, en una casita de ese barrio flamenco y torero, que se duerme al repique de las campanas de la torre de la parroquia de San Miguel —filigrana de platero—, y *bautizá* con *manzanilla*, María de Dolores Flores Ruiz —la universal Lola Flores—, morena, graciosa, genial, posesiva, pasional, sensible, temperamental, *cercana e hirviente* —como la apellidaría Umbral—, con esos ojos moros de color pardo oscuro; esa boca grande y atractiva, ese mentón pronunciado y firme, con unos dientes tan blancos que resplandecen sobre su carne morena; esas manos expresivas que hablan, dando a sus brazos movimientos inimitables, que conmocionan todo su cuerpo; de espíritu alegre y resuelto; con abundante pelo negro, con un brillo más fuerte, si cabe, que el de sus ojos; inmortalizada por el escultor Benlliure y en los cuadros que le hicieran dos grandes pintores: Jean Negulesco y el coriano Andrés Martínez de León; Lola Flores, andaluza por la morenez de su piel, por el nervio de su condición y por tantas cosas más, la artista arrebatadora en su originalidad trepidante, es la aristocracia gitana, la artista más popular y polémica de España.

Dotada de fuerte carácter y a la vez de gran corazón, censurada hasta límites insospechados y elogiada —y defendida— por sus amigos Federico García Sanchiz, José María Pemán, Tico Medina o Francisco Umbral..., Lola, auténtico aluvión andaluz, fiel intérprete de los más sensacionales acontecimientos ibéricos, es sangre de raza, *torbellino de colores*, entraña y misterio.

Lola, segunda de tres hermanos, Manolo —ya fallecido— y Carmen, sabe de años oscuros de miserias, en aquel establecimiento de bebidas —la taberna de *El pavo real*— que regentaba su padre, Pedro Flores, en Jerez, y a los dos años, buscando mejor estrella, se trasladan a Sevilla, por eso Lola ama tanto a la ciudad del Guadalquivir. Aunque asiste a un colegio de monjas, lo suyo es el cante y el baile, porque sueña con *ángeles bailaores*, que

le hacen el son, montando en su propia casa un escenario en el que colocaba una serie de sillas ante unas cortinas, saliendo a cantar y bailar... Asiste también, poco después, a la academia del maestro Realito, donde memorizaba los pasos enseñados, para después bailar a su aire, como siempre ha hecho.

A los cinco años, vemos una fotografía de Lolita vestida con el traje regional andaluz, con el pelo corto, un canastillo colgado al hombro y un largo collar de perlas que le llegaban hasta el ombligo... ¡ ya se vislumbraba el duende, ya va apareciendo el Arte!

Su verdadero descubridor fue el bodeguero Manuel Becerra, en una fiesta que se celebró en su casa. El arte de Lolita de Jerez —así comenzó a llamarse artísticamente— se enciende como las candelas, y comienza a acompañarla el guitarrista jerezano Sebastián Núñez. Son tiempos difíciles de luchas y sinsabores, pero prevalecerán las ansias de triunfo y de grandeza, ya que sus grandes ojos le hacían soñar con el éxito, porque estaba marcada, elegida por el destino. Su ídolo era Pastora Imperio, por lo que en un principio pensó llamarse Imperio de Jerez, pero finalmente prevaleció el nombre de pila.

Por estos años, el director de cine Fernando Mignoni buscaba una gitanilla para su película *Martingala*, que se estrenaría en 1940. Lolita, que aún llevaba calcetines, le recitó *Morena clara* y la contrataron, pagándole en esta inicial y poco favorable actuación cinematográfica, ocho mil pesetas.

Es entonces cuando conoce al maestro López Quiroga, que le gestiona un contrato con el director artístico Juan Carcellé. El padre de Lola lo vende todo y se trasladan a Madrid, a un pisito de la calle Juan Bravo. Son los años difíciles de la posguerra, años de hambre y miseria. La familia lo sufre en sus carnes, pero el valor de Lola, su arrojo, su arte, lo superará todo. Manda a las productoras de cine sus fotografías, con los labios muy rojos, como las uñas de las manos; un collar de dos vueltas, una falda midi y unos zapatos de fina puntera... Hasta que la suerte llama a su puerta, y marcha en una compañía, con Roberto Rey, Manolo Bel y sus muchachos, cantando canciones de otros artistas consagrados. Pero lo suyo es bailar por bulerías, por tanguillos y rumbas. Y de nuevo, el cine, realizando con Julián Torremocha *Un alto en el camino* (1941), en donde Lola encarna a una seductora artista folklórica, capaz de animar el corazón de un honrado labrador casado. En Jerez conoce a Manolo Caracol, que actuaba en el *Teatro Villamarta*, y a sus doce años le pide al genial cantaor que le dejase actuar, aunque fuera gratis. Caracol accede a su ruego y Lola canta junto a Rafael Ortega y Custodia Romero. El éxito es grandioso y comienzan a llamarla para bodas y bautizos, así como para las fiestas que organizaba la familia Domecq.

Mas nuevamente, la falta de trabajo, y con ello, el vacío y la desolación. Pero unos contratos que le ofrece Hidalgo por el norte de España van a alimentar nuevas esperanzas de triunfo, actuando en los *cafés de familia*, ya que el padre no quería que la niña alternarse en los cabarets —renunciando, por



Lola Flores, temperamento, pasión, «torbellino de colores»

ello, a un fuerte contrato en el *Zapico*, de Sevilla— ganando en esta gira treinta duros por cantar y bailar treinta canciones diarias, en tres sesiones.

El primer éxito lo obtiene Lola en el *Café Arrieta*, de Gijón, prorrogando el contrato por cinco meses, ganando ya doscientas pesetas diarias. Va empezando ya a conocer la fama gracias a haber introducido en su repertorio el popularísimo número del maestro Currito Monreal: *El lerele*:

Lo mismo que er só,
lo mismo que er só,
y un lerele, un lerele, un lerele,
y un lerele, un lerele, y un lerele,
y un lerele, un lerele y un lerá...

Y de nuevo en Madrid, en 1942, acompañada de su madre, interviniendo en el *Teatro Fontalba*, dirigido por Dionisio Caro, en el espectáculo de Quintero, León y Quiroga *Cabalgata*, encabezado por Mary Paz, la malograda artista fallecida en plena juventud, a los veintidós años. En *Cabalgata*, despuntaría ya el genio artístico de Lola, encauzando su camino hacia el estrellato, triunfando, de nuevo, con *El lerele* —que tuvo que repertir varias veces—, ya que aún no tenía repertorio de otros maestros.

A pesar de intervenir en el *Fontalba* como telonera, fue calurosamente elogiada por Alfredo Marquerí, siendo también descubierta por aquel infatigable reportero que fue Tebib Arrumi, que, tras elogiar la negrura de su pelo —como en el verso de Manuel Machado—, escribió una interesante crítica en el diario madrileño *Informaciones*, que a Lola gusta de enseñar a sus amigos: «Le bailan las manos —decía Arrumi—, su pelo —azul de puro negro—, le baila hasta el respiro, que sirve de acicate a su cuerpo, inverosímilmente bello, creado para el baile...».

Tras triunfar en el *Teatro Fontalba*, se le abrieron las puertas del éxito. Después, ya todo fue más fácil hasta su consagración, porque, desde que comenzó, todo el arte de Lola ha sido el fruto maduro y sazonado de sus propios esfuerzos vitales, pues ella nunca tuvo maestros, porque no los necesitó, ya que la propia naturaleza la hizo artista.

Este mismo año de 1942, en que las tropas aliadas desembarcan en Africa del Norte, surge en el firmamento estelar una pareja indiscutible, que alcanzaría las más altas cotas del estrellato: Lola Flores y Manolo Caracol. En 1943, el empresario Adolfo Arezana les monta el espectáculo *Zambra*, que se reponía, sucediendo, según los años: *Zambra* 1943 hasta 1946, siendo Lola primera artista, junto a la insuperable figura del cante grande: Manolo Caracol.

En 1946, en plena popularidad, protagoniza la pareja la película: *Embrujo*, con Carlos Serrano de Osma. Seis años duró la popular pareja. De su compañero dijo Lola: «Fue el hombre de mi vida, al que más quise, y yo no le

estropeé su casa ni le estropeé nada; él tenía a sus hijos por encima de todo y en su casa, gloria bendita que fuera, nunca le faltaba. Yo era una niña para él, pues me llevaba veinte años». También influyó en la separación de la pareja la muerte del hermano de Lola. «Se terminó —añade Lola. Yo me fui llorando y Manolo también».

Lola es fichada entonces como estrella de primera magnitud por Cesáreo González en el *Museo de Bebidas de Perico Chicote*, entonces la élite de Madrid. «Aquí nos separamos —comentó Lola— porque Cesáreo me contrató por dos años, entregándome los seis millones de pesetas célebres, que tanto dieron que hablar». «Caracol —diría en 1976 a Francisco Umbral— era un hombre único, un genio, un artista... Fue mi padre artístico, *pero era mu seloso*».

Con Cesáreo González interviene Lola en una nueva película: *La niña de la venta*, adquiriendo nuevos triunfos, especialmente, al cantar aquellas bulerías que llevan el mismo título que el filme.

El 9 de abril —sábado de gloria— de 1955, como en los grandes acontecimientos teatrales, en el *Cervantes* de Sevilla, obtiene la universal jerezana un rotundo éxito con *Copla y bandera*; es la Lola de peina y bata de cola:

La Lola se fue cantando,
cantando vuelve la Lola,
que er mundo fue paseando
con peina y bata de cola.
Repicaban en mi oído
las campanas de Jeré:
«Tortolita, vuerve ar nido,
que te espera tu queré».
La Lola ya está a tu vera,
ya ha vuelto de tierra extraña,
donde fue copla y bandera
de la alegría de España.

También en la década de los cincuenta, graba Lola un disco titulado *Ecos de España*, con acompañamiento de la magistral orquesta del maestro Torroba, que ella misma había elegido. En la contraportada se califica a Lola como «reina de la canción popular española», siendo así proclamada tanto es España como en América, interpretando aquí «los más sensacionales éxitos ibéricos», como *Al son, al son*, de Gómez; *Soy morena clara*, de Sanz-Zagra; *Echale guindas al pavo*, de Perelló, Mostazo y Cantabra, y *¡Ay España! España mía*, pasodoble de Quintero, León y Quiroga, en la primera cara, perteneciente a la película *Morena clara*, con Miguel Ligero; mientras que en la segunda encontramos el popular número *El lerele*, de Monreal; *El gran César*, de Gómez, alegre pasodoble dedicado al popular torero venezolano.

Lola, por otra parte, se ha atrevido siempre a cantar y bailar todo tipo

de canciones. Muestra de ello es un hermoso e interesante disco «de larga duración para la audiencia internacional», con ritmos y canciones «para todos los gustos», y donde, bajo la dirección de la gran orquesta del profesor Manuel Matos, interpreta una serie de títulos tan sugestivos y apasionantes —mezcla de folklore español e hispanoamericano—, como *Angelitos negros*, de Andrés Eloy Blanco y Maciste, que inmortalizara el inolvidable Antonio Machín; *Mora gitana*, de Antonio García Padilla y M.García Martos; *Un mundo raro*, de José Alfredo Jiménez; *Espinita*, por rumba, de Nico Jiménez; *Algo de España* y *Esto es Sevilla*, de Antonio García Cano.

La cara posterior se abre con *Gitana del camino*, de Jaén y Luis Gómez; siguiéndole una rítmica y movida rumba-mambo, de Aurelio Machín: *Tu rica boca*, en la que Lola hace alarde de su temperamento, su improvisación y su originalidad:

Tu boca, dame tu boca,
tu boca, tu boca linda,
tu boca, pa qué la quieres
si no la enseñas a besar.

Tu boca, dame tu boca,
¡ay, tu boca, tu boca linda!,
tu boca, pa qué la quieres
si no la enseñas a besar.

De nuevo, vuelve a tierras americanas, con el intervalo de catorce películas; haciendo populares, en la década de los cincuenta, una serie de canciones con letra y música del original trío Quintero, León y Quiroga, como *Cautiva de amores* o *¡Dolores, ay mi Dolores!*, plena de gracia y desparpajo flamenco:

Estribillo

¡Dolores, ay mi Dolores!
olerte me da desmayo,
tú hueles como las flores
las noches de abril y mayo.

o el pasodoble *Manolita, la primera, La niña sin alma*; las bulerías *Coplas de kikiriki, La copla jerezana, La clavel, Buenaventura, Nochecita de mi duelo, Coplas de Juan Rosales*, todas de Quintero, León y Quiroga, y, especialmenre, el pasodoble de tono desgarrado y tradicional *La Zarzamora* —casi el mito de la petenera, como diría Umbral—, que también han interpretado otras tonadilleras, aunque sin igualarla:

I

En el café de Levante, entre parmas y alegrías,
cantaba la Zarzamora.
Se lo pusieron de mote porque disen que tenía
los ojos de las moras.
Le habló primero a un tratante y ¡olé!
y luego fue de un marqué
que la llenó de brillantes y ¡olé!,
de la cabeza a los pies.
Desía la gente que si era de hielo,
que si de los hombres se estaba burlando,
hasta que una noche de rabia de selos,
a la Zarzamora pillaron llorando.

Numerosos espectáculos ha encabezado Lola, destacando, entre otros títulos: *La copla morena, Luna y guitarra, La guapa de Cádiz, La copla ha vuelto, Candela,* y *La Lola de ayer, de hoy y de siempre*, en los que Lola, temperamental y única, se desmenelaba su abundante cabellera negra, rompía abanicos, perdía un pendiente o se desgarraba las vestiduras, haciendo vibrar siempre a las masas con su pasión electrizante y sensual tan característica.

Lola, que está en posesión del Lazo de Isabel la Católica, lleva más de cuarenta años trabajando, sabiendo mucho de idas y venidas, de fondas y de hoteles, de lágrimas y de sacrificios, porque esta insólita mujer ha hecho bandera patriótica de la canción andaluza, de la canción folklórica, de la canción de España.

Lola, que ha realizado más de treinta viajes a América —pasando el charco, como ella suele decir—, fue por primera vez a México en 1956, donde hizo popular, entre otras canciones: *María Bonita*, escrita especialmente para ella por el gran compositor Agustín Lara, y la zambra *¡Ay, pena, penita, pena!*, de Quintero, León y Quiroga, que ya había popularizado la película del mismo título:

¡Ay pena, penita, pena,
pena de mi corasón,
que me corre por las venas,
con la fuersa de un siclón!

Es lo mismo que un nublao
de tiniebla y de verná,
es un potro desbocao
que no sabe a dónde va.

Es un desierto de arena, pena,
es mi gloria y un pená,
¡ay pená, ay pená,
ay pena, penita, pena!

Lola ha encabezado también más de treinta espectáculos, destacando aquellos nostálgicos e inolvidables junto a Manolo Caracol, como *La niña de fuego* o *La Salvaora*, de Rafael de León, el maestro jerezano Antonio Quintero y el maestro sevillano Manuel Quiroga, y en los que la *Faraona* bailaba con el cante desgarrado que salía de la garganta de Caracol, alcanzando ambos una extraordinaria popularidad, así como un fuerte impacto en el público.

Lola, que ha sido mujer de escandalosos amores y amoríos, desde que a sus dieciséis años se enamorara del torero Rafael Ortega, *Gallito*, que le dio «una de cal y otra de arena», al que sucederían los también toreros Manolo González y César Girón, el cantante mexicano Luis Aguilar, los futbolistas Biosca y Coque, el fugaz romance de un día con Gary Cooper, y tantos otros; desde que se casó con el guitarrista Antonio González, *el Pescaílla*, el 27 de octubre de 1957, en el Real Monasterio de El Escorial —siendo padrinos de la boda Paquita Rico y Cesáreo González—, es —según ella—, «una de las mujeres más fieles de España», entregada a sus hijos, Lolita y Antonio, que han seguido su vena artística, y Rosario, que se ha decidido por el mundo del cine.

En la filmografía de Lola cuentan más de veinte películas, desde aquel primer escarceo fílmico de *Martingala* hasta *Una señora estupenda*, de la que la artista se siente muy satisfecha y por la que obtuvo el premio a la mejor actriz del Sindicato Nacional del Espectáculo. Finalmente, en 1989, intervino en un acertado papel en la famosa serie televisiva *Juncal*, que protagonizó el genial Francisco Rabal.

Lola es original y única, amiga de intelectuales y artistas, desde Edgar Neville a José María Pemán, pasando por Agustín de Foxá, Conchita Montes, Francisco Umbral, Cantinflas, Deborah Kerr, Lucía Bosé o la Duquesa de Alba. Lola, esta Lola admirada por Gary Cooper, Winston Churchil, para el que bailó en la Costa Azul, o el General Franco, que le concedió el Lazo de Isabel la Católica —llenándola de orgullo— por sus desinteresadas actuaciones en el Palacio de El Pardo, tuvo su precursora en otra figura genial: Pastora Imperio, aunque no podríamos hablar de los antecedentes artísticos de Lola, porque es única, ya que su espontaneidad es palpable, sus movimientos, intuitivos, les salen del corazón; ni ella misma sabe lo que va a hacer cuando sale al escenario; porque su secreto está en el desgarro, en el movimiento, en su propia vitalidad artística.

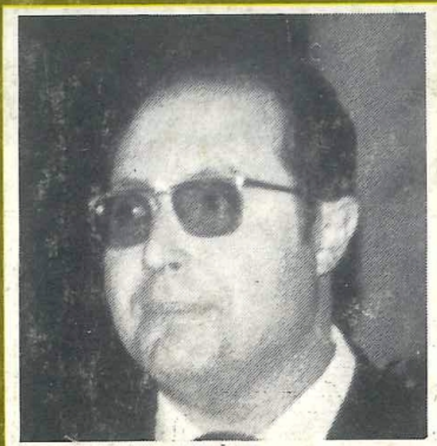
No podemos olvidar esta última etapa de la vida de Lola, marcada singularmente por la desgracia. Estas empezarían el 12 de marzo de 1978 con la muerte de su padre, ocurrida en Madrid, al que acompañó en su agonía. Pa-

sados algunos años, la alegría por la boda de su hija Lolita se troncó tristeza, por el tumulto que se organizó incluso dentro de la propia iglesia, donde tuvo que intervenir finalmente la policía. Lola todavía no ha olvidado aquel desagradable acontecimiento. Posteriormente, la maternal Lola contempla, resignada, cómo su hija Rosario se marcha de casa para vivir con un principiante actor. La pareja no duró mucho tiempo. Algo más tarde, en 1985, Lolita pierde el hijo que esperaba con tanto deseo. Afortunadamente, ya cumplidos los treinta, pudo ver hecho realidad su sueño. Las circunstancias por las que atravesaba la vida de su hijo Antonio también fueron para ella motivo de hondo pesar, tanto por el fracaso de su matrimonio como por sus graves problemas con la droga, que parece que está superando en la actualidad gracias, en gran medida, al esfuerzo de su madre. Por otra parte, un desagradable asunto vendría a enturbiar su trayectoria biográfica. Lola es acusada de defraudar al fisco. La popular bailaora, la *Lola de España*, tuvo que sentarse en el ingrato banquillo de los acusados, en un litigio que mantuvo en vilo a todo el país. La tonadillera alegó que había olvidado efectuar las liquidaciones correspondientes a los ejercicios comprendidos entre los años 1982 y 1985, por un total de 172.897.814 pesetas. Sobre el asunto declaró: «Pienso pagar todo, pero que no me atosiguen. Sólo le pido a Felipe González y a los ayuntamientos socialistas que me contraten galas, como hacen con cantantes amigos suyos o que me den un programa de televisión. No soy una delincuente ni una asesina. Sólo una madre de familia que tiene que sacar adelante a los suyos. Mi marido no trabaja desde hace once años y yo soy la que tiene que llevar las lentejas a casa».

Pero las desgracias no acabaron aquí. El 21 de enero de 1989, falleció, también en Madrid, su madre. Lola recibió la noticia en la habitación de la clínica madrileña Ruber, donde se había operado de la vesícula... No pudo ni acompañar a su madre al cementerio.

Felizmente, frente a tanta tragedia, Lola ha recibido la mayor prueba de cariño que puede apetecer a un artista y a un ser humano: el homenaje que sus amigos le tributaron en Miami. Allí se encontraban Julio Iglesias, *El Puma*, Rocío Jurado y otros artistas de renombre internacional, con los que ha grabado un disco homenaje. El calor de sus amigos, el contacto con su público y su impresionante vitalidad y fuerza de carácter, harán sin duda que Lola se sobreponga y vuelva a ser la de siempre, porque su figura es irreemplazable.

Porque la *Lola de España*, es la originalidad en el género andaluz, pues ya en 1963 decía de ella Alvaro Retana, que «enseñó a bailar a las faldas, recitó mejor que Gabriela Ortega, fue un bello terremoto artístico y mereció ser condecorada por el Estado español. Cuando ella sube a un tablao... ninguna estrella folklórica *tié na que haser*».



Daniel Pineda Novo, ensayista, poeta, investigador, publicista, académico y gran conocedor del folklore andaluz, autor de cincuenta y tres obras, entre las que destacamos *«La Sevilla de Bécquer»*, *«Antonio Machado y el Guadalquivir»*, «Tres cartas inéditas de Juan Ramón Jiménez», *Primera antología de poetas del sur»*, *«Del deseo a la nada»*, *«Enigma grave»*, *«Sonetos para un cuerpo»*, *«Espartaco: Ensueño torero»* o *«Fernando Cepeda*, sentimiento del Aljarafe», entre otros títulos, nace en Sevilla el mismo año en que Imperio Argentina estrena en Madrid su película «Goyescas», en que Lola Flores y Manolo Caracol forman pareja artística y Juanita Reina y Antoñita Moreno triunfa con sus primeros espectáculos.

Daniel Pineda, apasionado de la biografías, ha sabido plasmar en los retratos de nuestras más destacadas folklóricas toda su maestría en este género, logrando una obra muy documentada y a la vez entretenida; rigurosa en el manejo de los datos históricos, pero también apasionada —D. Pineda no hubiera podido escribirla de otra forma—; atrevida y a veces incluso polémica.

Salen a escena en estas páginas las más importantes cancionistas y tonadilleras de España, desde la mítica Raquel Meller hasta Isabel Pantoja, pasando por Conchita Piquer, Estrellita Castro, Pastora Imperio, Lola Flores, Juan Reina, Antoñita Moreno, Paquita Rico, Lola Sevilla, Marifé de Triana, Carmen Sevilla, Marujita Díaz o Rocío Jurado, entre las más de treinta folklóricas que han llevado a lo más alto a la canción andaluza y española.

Sus comienzos, sus primeros triunfos, las anécdotas de su carrera, sus canciones, sus espectáculos, sus amores..., en una palabra, la vida de estas cantantes, reflejadas con la profundidad que las «revistas del corazón» no alcanzan. Un libro con el que descubriremos lo poco que sabíamos sobre estas artistas consagradas.

«Un paisaje femenino extenso y nutrido es lo que nos ofrece este libro», diría Francisco Umbral.

«Este libro es una cordial Antología que cumple un compromiso con la historia profesional de artistas que marcaron huellas apasionadas en su público», afirma la académida Carmen Conde al inicio de su prólogo a este libro, posiblemente el más completo que se haya escrito sobre este apasionante tema.

84-87041-39-6





JRC J. RODRIGUEZ CASTILLEJO, S.A.

GIRALDILLO
SERIE MAIOR